

Universidad del Tolima - IDEAD - Año 13. No.13 Semestre B de 2025 ISSN: 2256-2133

REVISTA ESTUDIANTEL

ENTRE LÍNEAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

El búho blanco de alexander

Dalix Johanna González González

djgonzalezg@ut.edu.co

Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana

CAT Suba - Universidad Del Tolima

Era 1858 cuando declararon que moriría en un año, entre un sueño que me dejaría inmóvil, que pondría mi cuerpo inerte y frío. Entonces recordé esas noches cálidas de 1800, donde la *Fidicina mannifera*, conocida como chicharra, cantaba al pescador bajo la luna, entonando altas notas anunciando los cambio del nuevo verano.



Yo andaba en la chalupa que se deslizaba por las aguas como las hojas por el viento, cuando mis ojos percibieron entre sollozos a orillas del Magdalena, una mujer vestida de blanco, de cabellera negra, liso hasta la cintura, parada y descalza sobre la madera húmeda del puerto a plena luz de luna. Por supuesto siendo yo un caballero muy distinguido, no podía pasar por alto semejante impropio que le hubiese sucedido a la bellísima dama.

Así que le dije al capitán que detuviera su navío, y él tan deteriorado por el alcohol no pronunció palabra, solo se llevó la mano a los genitales, como indicando su necesidad de desaguar el líquido amarillento que había generado por las largas horas. Mientras nos acercábamos a tierra, ella huyó entre la maleza bajo las estrellas.

Por supuesto, al tocar tierra, salí en busca de ella, sin obtener pista sobre su paradero. Le pregunté al capitán por la mañana si había visto hacia dónde se había ido, él solo me miró con el ceño fruncido, con los ojos desorbitados fijando la mirada en la botella que portaba en su mano y resoplando.

Después de esa noche de cucullos brillantes e intermitentes, los días no eran iguales. Ella estaba en mi cabeza como un espanto. Si observaba una planta, una flor, una rana o un güio, en toda superficie se dibujaba su rostro, su figura angelical.

Una noche de campamento, me quedé viendo la hoguera que estallaba la madera y, entre las chispas de luz, asomó ella nuevamente parada junto al río. Esta vez corrí hasta ella, la perseguí sin notar que estaba descalzo entre las piedras y con una lámpara de queroseno en la mano. La alcancé, sintiéndome satisfecho entonces exclamé:

—Señorita, por favor deténgase.

Parado y embelesado frente a la mujer más hermosa que había visto, esperé con angustia que ella me contestará.

De repente, mientras ella movió sus labios, un búho enorme salió de la nada y se abalanzó sobre mi como queriendo atacarme. Batí las manos y en cuanto me libré del molesto animal, ella se había marchado.

Volví al campamento cansado con los pies sajados, y me dije: *No habrá una próxima vez.*

Me indagué ¿Qué era lo que ella escondía? ¿por qué escapaba con tanta prisa?

Pasé días en el silencio como cómplice buscándola, ya ebrio por el alcohol que había en la botella del capitán y sin poder mencionarla, por miedo de que ella perdiera su buen nombre, pero totalmente atormentado por su belleza. Me senté resignado en medio de la noche a concluir las memorias de mi viaje en el diario de campo y, sin ningún vestigio de su origen no pude registrar su historia en esas notas. No escribí sobre ella, contando mi prejuicio, debía partir solo con el espejismo de haberla visto.

Así que, de la manera más sigilosa, describí en los diarios mi pasión y mi amor por ella usando la metáfora, del gran búho blanco aquel que me acompañaba en las noches, sobre todo en esas de verano.

Casi concluía mi travesía por el río cuando escuché entre susurros mi nombre:



—Alexander, Alexander, Alexander...

Esa voz femenina y delicada me llevó hasta donde estaba el búho blanco.

Escuché su aleteo, observando al cielo las estrellas entre tanto que ella tomó mi mano por la espalda. Me giré lentamente, conteniendo la respiración, con el pecho ancho y con la pupila dilatada, pensando únicamente en el suspenso que ella me producía por su posible escape. Se acercó a mí poco a poco, hasta avecinar sus labios a los míos, pude disfrutar el sabor a fruta blanca dentro de la vaina, deslicé mis dedos por su pelo embalsamado con flores machacadas.

Entonces lleno de iluvsión cerré mis ojos aturdido, presto a escuchar lo que ella diría:

—Alexander, cuando sea tiempo, ambos estaremos en el bosque y seremos uno para el otro.

Abrí los ojos, y ella había dejado en mi mano una flor de *Brugmansia arborea*, más conocida como borrachero. Fue lo último que recuerdo antes de despertar en la casa del capitán, en medio de cuidados, con el corazón contrito por la novia del Magdalena.

Desde esa noche hasta este día, 6 de mayo de 1859, oculté el extracto de la flor, en la lámpara de queroseno, una reliquia que atesoré junto a las investigaciones de toda una vida, un trabajo quizás perpetuo. Que, hoy viendo mis pies descalzos con cicatrices, finalizo con esta misiva, brindando con la copa llena de elipsis bajo el cielo nocturno en presencia del búho blanco con el fin de volar y reunirme con el único amor de mi vida.

Destino: año 2025, *Jardín Botánico Alejandro Von Humboldt*, árbol *Tabebuia rosea* o Guayacán Rosado, *Universidad del Tolima*.





ENTRE LINEAS